

Declaración de la Conferencia sobre desarrollo económico internacional

COLUMBIA UNIVERSITY

NOTICIA

Entre los días 16 y 21 de febrero último se celebró la Conferencia sobre Desarrollo Económico Internacional, organizada por la Universidad de Columbia, Nueva York. La Conferencia tuvo por objeto examinar el Informe de la Comisión de Desarrollo Internacional, presidida por el señor Lester B. Pearson.¹ Al término de la Conferencia, noventa y nueve de los delegados participantes decidieron firmar la Declaración que se reproduce más adelante. La Declaración fue redactada por una comisión integrada por las siguientes personalidades: Michael Bruno, profesor de Economía de la Hebrew University, Jerusalem, Israel; Reginald Green, profesor de Economía del University College, Dar Es Salaam, Tanzania; Mahbub ul Haq, asesor económico de la Comisión de Planeación del Gobierno de Paquistán; Gerald Helleiner, profesor de la University of Toronto, Canadá; Branko Horvat, director del Instituto de Estudios Económicos, Belgrado, Yugoslavia; Enrique Iglesias, de Uruguay, Banco Interamericano de Desarrollo; Richard Jolly, de la University of Sussex, Reino Unido, y H. M. A. Onitiri, director del Instituto de Investigación Económica y Social de Nigeria. Entre los otros firmantes de la Declaración se encuentran Jagdish N. Bhagwati, profesor visitante del Instituto de Tecnología de Massachusetts; Hollis B. Chenery, de la Universidad de Harvard; James P. Grant, presidente del Overseas Development Council; E. N. Omaboe, ex ministro de Planeación de Ghana; André Philip,

director del Centro de Desarrollo de la OCED; Gustav Ranis, de la Universidad de Yale, y Robert Triffin, de la Universidad de Yale.

TEXTO

Los abajo firmantes, representantes de un amplio espectro de opiniones políticas y procedentes de países desarrollados y en desarrollo de todas partes del mundo, acabamos de dar cima a una semana de discusiones sobre el Informe de la Comisión de Desarrollo Internacional, presidida por el señor Lester B. Pearson, dado a conocer hace unos meses.

El creciente abismo entre los países opulentos y los países pobres del mundo —en palabras del informe Pearson— se ha tornado una de las cuestiones centrales de nuestro tiempo. En las últimas décadas, los ingresos, los niveles de vida y el poder económico y político de una tercera parte del mundo han aumentado sostenidamente, dejando al resto de la humanidad en una pobreza relativa, en muchos casos sin servicios de agua, educación, atención médica básica y vivienda adecuada. Empero, con la tecnología moderna y con la capacidad productiva ya existente, ninguna de esas carencias existiría si se manifestase, a nivel mundial, la voluntad y la decisión de utilizar los recursos disponibles.

¹ La versión española de este informe, bajo el título de *El desarrollo: empresa común*, fue publicado por Editorial Tecnos, Madrid, 1969.

Ya existe un profundo sentimiento de frustración en los países en desarrollo y es probable que aumente rápidamente en

los años setenta conforme continúe aumentando ese abismo y conforme la urbanización, el alfabetismo y la difusión de la tecnología rompan las barreras de la comunicación. Un ritmo de crecimiento de 6% en el PNB no sería suficiente para hacer frente a esta situación. Por ejemplo, en el subcontinente indopacífico un ritmo de crecimiento del 6% hasta el final del siglo dejaría a 1 500 millones de personas con un ingreso *per capita* promedio de sólo 200 dólares al año.

El informe Pearson, al presentar propuestas para hacer frente a esta situación que resulten "aceptables" y "razonables" se dirige a la renuente opinión pública de los países avanzados. Un informe franco de los propios países en desarrollo habría presentado un cuadro menos optimista, especialmente en materia de: pérdidas por los cambios en los términos de comercio que a menudo exceden los ingresos anuales derivados de la ayuda; perspectivas de crecimiento de los niveles de desempleo; inequidades de la distribución de la ayuda originada en influencias políticas bilaterales; debilidades del actual marco institucional de los programas de ayuda, y creciente poderío de las corporaciones multinacionales, que a menudo distorsionan los módulos del desarrollo nacional.

El informe Pearson propugna una asociación entre los países avanzados y los países en desarrollo, la que a menudo no pasa de ser una simple ilusión. Sin embargo, el informe representa un excelente punto de partida y la puesta en práctica de sus recomendaciones podría mejorar las posibilidades de una asociación significativa. Por esta razón, apoyamos muchas de las propuestas del informe Pearson, aunque manifestamos que son insuficientes en vista de lo que se requiere y que, por tanto, deben ser complementadas. En particular, debe darse prioridad a los siguientes puntos:

a) *Marco internacional multilateral.* Hay una necesidad urgente de fortalecer el marco internacional multilateral en los campos del comercio, la ayuda y las relaciones entre los países ricos y pobres. Este marco debe abarcar a las Naciones Unidas y a otras instituciones internacionales y regionales. Tal fortalecimiento supone, necesariamente, la canalización de financiamientos más cuantiosos y no condicionados y la adopción de medidas para establecer contribuciones obligatorias de los países miembros. El poder internacional debe ser, cada vez más, compartido democráticamente, y este objetivo sólo puede ser alcanzado mediante el fortalecimiento de las instituciones en las que los países en desarrollo cuentan con un voto representativo.

b) *El futuro de la ayuda.* Los incrementos sustanciales de la ayuda siguen siendo una condición necesaria para un rápido desarrollo económico. En la década que se inicia, los mayores niveles de entrada *neto* de capitales deben acudir a los países con ingresos *per capita* inferiores a 300 dólares. En un mundo en el que los gastos militares superan en veinticinco veces el total de los gastos de ayuda, constituye una abierta hipocresía la pretensión de que tales aumentos son imposibles.

Al mismo tiempo se requieren nuevos criterios objetivos para asegurar la efectividad de la ayuda al desarrollo. Una tasa mínima global de crecimiento para todos los países constituye, sin duda, un objetivo deseable. Pero es también esencial establecer objetivos destinados a conseguir un promedio mínimo de ingreso *per capita* de 400 dólares para todos los países no después del final de este ciclo. Se requieren también criterios especiales respecto de los niveles de vida de la cuarta parte de la población menos favorecida de cada país. Sugerimos también el establecimiento de un fondo especial dedicado específicamente a la consecución de objetivos sociales en los dominios de la educación, la salud, la planeación familiar, las obras rurales y urbanas, la vivienda y otros programas sociales similares.

Crecientes proporciones y montos de ayuda deben proporcionarse multilateralmente a través de la expansión de la AIF, el fortalecimiento de los bancos regionales de desarrollo y el uso de los DEG para respaldar tal ayuda.

c) *Acceso a los mercados.* Los países en desarrollo no pueden alcanzar tasas de crecimiento de 6% y mayores sin una expansión importante de sus exportaciones. Esta debe ser facilitada por muy diversos medios: reducciones arancelarias y de otras barreras al comercio y políticas para reestructurar la producción dentro del mundo desarrollado; reembolso de una parte de la deuda en la forma de bienes o saldos en moneda local; provisión de cobertura financiera para el comercio intraregional entre países en desarrollo, y eliminación de las actuales medidas discriminatorias contra las exportaciones de los países en desarrollo. Estas medidas tienen el evidente mérito de ser congruentes, en general, con el interés económico inmediato de los países avanzados.

d) *Cambios económicos y sociales dentro de los países en desarrollo.* Ninguno de nosotros subestima la necesidad de cambios importantes en las prácticas e instituciones políticas, sociales y económicas de los países en desarrollo. Sin ellos los esfuerzos internacionales no serían efectivos. Los criterios de eficacia deben enfocarse cada vez más en la distribución del ingreso, las reformas agraria y fiscal, las políticas comercial y cambiaria eficaces, la magnitud de los gastos militares y el fomento de la justicia social.

Concluimos esta Conferencia con la convicción de que no hay nada más alejado del realismo que el supuesto realismo de quienes alegan que el informe Pearson es completamente adecuado o, incluso, demasiado ambicioso en términos de las futuras perspectivas. Este tipo de realismo sólo puede conducir a una cada vez más aguda confrontación entre los países avanzados y los países pobres y a una creciente miseria y frustración para la mayoría de la humanidad. Debe eliminarse la dependencia en el mundo moderno y darse lugar a un marco que permita una genuina interdependencia y asociación. Las propuestas del informe Pearson son importantes si verdaderamente se toman como un punto de partida hacia este objetivo vital.